

Fundamentos de la Práctica Cristiana

Por Stuart Allen

Retirado de bibleunderstanding.com

Bajo el título original: Fundamentals of Christian Practice

El Expositor de Berea Vol.34 y 35

Traducción Juan Luis Molina

Las Dos Naturalezas y el Alma

Una Cuestión de Balance

Por Stuart Allen

Es de vital importancia para un correcto balance en el andar y testimonio cristiano que el creyente comprenda bien la doctrina de las *dos naturalezas* que en él habitan. Los lectores de esta revista conocen bien el estudio “Las Dos Naturalezas en el Hijo de Dios” del Dr. Bullinger. Es una obra maestra, y debería ser estudiada por todos aquellos que procuren una guía en esta importante verdad. No obstante, nosotros sentimos que, con el objetivo de poder obtener un cuadro completo, se le debe dar una consideración al *alma*. Si bien sea correcto decir que cada creyente en el Señor Jesús tiene dos naturalezas, no obstante, en estas dos naturas no se resume toda su *personalidad*, puesto que tiene además un cuerpo y cinco sentidos, y necesariamente juegan un importante papel en su vida diaria y de servicio. Veamos por tanto lo que las Escrituras nos enseñan acerca de las dos naturalezas. Resulta humillante recordar que todo ser humano, por muy educado en su carácter que sea, haya heredado proveniente de sus pecadores primeros padres, Adán y Eva, una corrupta naturaleza. Esta realidad se describe de varias maneras en la palabra de Dios.

(1) *La Carne*.- Si bien esta palabra se utilice casi siempre hablando de la carne del cuerpo literalmente, por ejemplo, en Génesis 2:21, y de esta vida presente, *la vida que ahora vivo en la carne* (Gálatas 2:21), también se emplea en el sentido descrito anteriormente, esto es, el asiento de corrupción que se extendió a toda la raza humana por la caída de Adán. De todos los escritores en el nuevo Testamento, el Apóstol Pablo es quien más frecuentemente la utiliza en este sentido.

- “Y Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en delitos y pecados...entre los cuales también todos nosotros vivimos en otro tiempo en los deseos de nuestra carne, haciendo la voluntad de la carne y de los pensamientos, y éramos por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás” (Efesios 2:1-3).
- “Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gálatas 5:24).

(2) *La mente carnal*. – Este es otro aspecto de la vieja naturaleza y tiene que ver con sus pensamientos. El Apóstol Pablo utiliza la frase en Romanos 8:7, y las Versiones inglesas al margen dan la traducción literal, “la mente de la carne”. Estos pensamientos, por muy refinados y atractivos que puedan parecer, se declara que son “enemistad contra Dios”, y que “no se sujetan a la ley de Dios” (vers.7). al igual que el agua, que no se puede sobreponer a su propio nivel, así resulta prácticamente imposible para la carne, o sus pensamientos y hábitos, llegar a comprender las cosas de Dios. El pecado ha oscurecido la mente humana (Efesios 4:18) de tal modo que

- “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente” (1ª Corintios 2:14).

Muy íntimamente ligado con la mente carnal se halla el corazón, que por naturaleza es engañoso y extremadamente perverso (Jeremías 17:9). El propio Señor Jesús declaró:

- “Del corazón provienen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los robos, los falsos testimonios, las blasfemias” (Mateo 15.19).

(3) *El Viejo Hombre*. – Este es otro nombre Escritural por el cual se denomina a la naturaleza pecadora del hombre:

“En cuanto a la pasada manera de vivir, despojaos del viejo hombre, que está viciado conforme a los deseos engañosos” (Efesios 4.22).

- “Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado fuese destruido (inutilizado), para que de aquí en adelante ya no sirvamos más al pecado” (Rom.6:6 R.V.).

Es importante darse cuenta que la palabra castellana “deseo” tiene dos polos, y hay deseos conforme a la carne, y hay deseos divinos conforme al Espíritu. La palabra griega *epithumia* (traducida deseo) abarca y puede utilizarse de cualquier intenso deseo de la mente humana. En el buen sentido se emplea en los siguientes pasajes:

- “Teniendo deseo de partir y estar con Cristo” (Filip.1:23).
- “Procuramos con mucho deseo ver vuestro rostro” (1ª Tesal.2.17).
- “¡Cuánto he deseado comer con vosotros esta pascua...!” (Lucas 22:15).

No debemos limitar las manifestaciones y evidencias de la vieja naturaleza a los ordinarios pecados de la carne, pues sus evidencias más refinadas y educadas contienen dentro la misma corrupción que las inmorales, y tanto sus pensamientos como sus deseos, a menos que hayan sido afectados por la gracia redentora de Dios, están igual de alejados de Su estándar. La carne bien puede ser muy religiosa, sin embargo continúa siendo solo carne, pues el Señor declara:

- “Lo que es nacido de la carne es (y permanece siendo) carne; y lo que es nacido del Espíritu es (y permanece siendo) espíritu” (Juan 3:6).
- “El Espíritu vivifica, pero la carne para nada aprovecha” (Juan 6:63).

Y de igual modo Pablo testifica:

- “Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita nada de bueno” (Rom.7:18).

Es evidente que la Palabra de Dios no halaga la naturaleza humana. Antes bien la desprecia y expone en su verdadera condición, porque se levanta en toda su latente hostilidad y enemistad, por causa del pecado que en ella habita. Así pues, la primera etapa en el verdadero

entendimiento es aceptar, reconocer mansa y humildemente el veredicto de Dios sobre la vieja naturaleza, esto es, aceptar que está corrompida y que su fin es la muerte (Rom.8:6).

La nueva Naturaleza – Espíritu

A pesar de toda la teología popular, las Escrituras no dan indicación alguna de que la carne pueda de algún modo ser modificada o mejorada. Bien pueden cantar los cristianos

- “Oh Tú, Espíritu Divino, ten por bien,
Y toda mi naturaleza refina”

Sin embargo el hecho permanece, y es que Dios no mueve una paja para refinar o mejorar aquello que el propio hombre ha estropeado, sino que antes bien lo anula y comienza todo de nuevo:

- “Si alguno está en Cristo, es una nueva creación” (2ª Cor.5:17 R.V.).

Esto se lleva a cabo por la operación del Espíritu Santo, Quien, al tiempo de la salvación del pecador, le otorga un don Divino a todo aquel que cree en Cristo, así que se puede decir:

- “Lo que es nacido del Espíritu (el Dador), es espíritu (Su don, la nueva naturaleza)” (Juan 3:6).

Y de aquel que lo recibe se dice ser, “un partícipe de la naturaleza Divina” (2ª Pedro 1:4). Esta naturaleza, al igual que Dios Mismo, es totalmente carente de pecado y perfecta.

El Nuevo Hombre o el Hombre Interior

Sin contar con el nuevo hombre de Efesios 2:15, que tiene que ver con la Iglesia del Cuerpo Único colectivamente, este término es relativo a la *nueva naturaleza* que está en contraste a la *carne*, el “viejo hombre”, y se “renueva de día en día” (2ª Corintios 4:16) y además, “se renueva en el conocimiento según o conforme a la imagen de Aquel que lo creó”. Así como hemos visto que Dios no mejora la carne, de igual modo no hay posibilidad alguna de que se mude o transforme en espíritu. Consecuentemente, estas dos naturas serán en todo momento opuestas y

enemigas, y de ahí que el conflicto en el creyente sea tan vivamente descrito por Pablo en el séptimo capítulo de Romanos. Y en Gálatas 5:17 escribe:

- “Porque el deseo de la carne (la vieja naturaleza) es contra el espíritu, (la nueva naturaleza), y el del espíritu (la nueva naturaleza) es contra la carne (la vieja naturaleza); y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais”.

Esta experiencia nos lleva al grito desesperado de Romanos 7:24: “¡Miserable de mí, ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte!?” La solución para este tremendo y terrible problema está por encima tanto de la sabiduría como de los esfuerzos humanos. Tan solo la hallamos leyendo el versículo siguiente:

- “Gracias doy a Dios por Jesucristo nuestro Señor”

Tan solo Él puede tratar con el problema, y no tan solo con nuestros pecados individuales, sino además también con la raíz, esto es, el Pecado que se encuentra en la vieja naturaleza.

- “Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado (modo Aoristo) con Él, para que el cuerpo de pecado se quede inoperativo” (Rom.6:6 R.V.).

La A.V (y la Reina Valera) traduce *katargeo* “destruido”, pero es demasiado fuerte, porque la palabra significa, “poner fuera de funcionamiento” o “inutilizar, quedar sin efecto alguno” (Rom.4:14; Gálatas 5:17). La vieja naturaleza no está abolida en esta vida, tal como la experiencia diaria de cada creyente testifica. Permanece con nosotros hasta que nuestra esperanza se concrete, pero la Palabra de Dios nos asegura que fue crucificada con Cristo en el Calvario, y por tanto, en el plan de Dios, está acabada y entregada a muerte, y la única vía de inutilizarla y dejarla inoperativa es considerando continuamente este glorioso hecho que tan solo en Jesucristo se produce.

- “Así también vosotros (después de reconocer esto) consideraos muertos al pecado” (Rom.6:11).

Observe que no dice “sentir que vosotros estáis muertos al pecado”. Si actuamos así, bien podemos esperar sentados, pues nada sucede; sin

embargo se nos pide vivamente que consideremos, que reconozcamos sobreentendiendo este hecho, que esta pecadora vieja naturaleza ya fue llevada a la muerte por Dios cuando Su Hijo murió sobre la Cruz, y entonces, y solo entonces, se quedará inoperativa.

No obstante, el asunto no queda por aquí, pues esto es tan solo media verdad. Tenemos que considerar algo más, esto es, que hemos sido ahora hechos “vivos para Dios a través de Jesucristo nuestro Señor” (vers.11) y tenemos una nueva naturaleza que puede operar y ser efectiva en nosotros. Aquí pisamos y comenzamos a movernos en un suelo firme de resurrección; de ahí la promesa: “Andad en el espíritu, (por la nueva naturaleza) y no satisfagáis los deseos de la carne (la vieja naturaleza)” (Gálatas 5:16). Por esta declaración podemos ver claramente que las dos naturalezas *no pueden operar al mismo tiempo*, y si escogemos seguir los dictámenes y direcciones de la nueva naturaleza (y la operación del Espíritu Santo a través de la naturaleza divina), entonces el viejo hombre no puede entrar en función. Está fuera de operación y podemos vernos libres en la experiencia diaria del dominio del pecado, produciendo en cambio los nueve frutos de la nueva naturaleza para alabanza y gloria de Dios, tal como se detalla en Gálatas 5:22, 23.

Las Dos Naturalezas y el Alma – 2ª Parte

Una Cuestión de Balance

Ahora que ya hemos revisado la enseñanza relativa a las dos naturalezas en el hijo de Dios, hemos descubierto que, en su práctica operación, se relacionan tanto a la *muerte* como a la *vida*. El versículo que nos dice, “Consideraos (o reconoceos) vosotros también muertos al pecado” (Rom.6:11) no deja de ser sino tan solo parte de la verdad. Demasiado a menudo sucede que, en el concepto de la práctica *santificación*, que veremos más adelante, el creyente no sigue leyendo y para por aquí. Pero haremos bien en preguntarnos, ¿de qué sirve un muerto en el testimonio cristiano? El apóstol Pablo, inmediatamente a seguir a la frase anterior, añade una consideración o reconocimiento necesario más: “Consideraos... *vivos para Dios* a través de Jesucristo nuestro Señor” (vers.11). Este segundo reconocimiento o consideración nos lleva de la esfera de la muerte a la vida de resurrección y todas sus implicaciones,

capacitándonos así para que el Señor pueda operar diariamente llevando a cabo Su voluntad en nosotros con todo lo que eso envuelve.

Ahora podremos preguntarnos, ¿será que todos y cada uno de los actos y sentimientos en el hijo de Dios, ya redimido, pueden relacionarse o bien a una o a otra naturaleza? Si la respuesta fuese que sí, entonces muchos de nuestros problemas diarios podrían simplificarse. Por ejemplo, si un creyente contempla una magnífica puesta de sol o una obra de arte, y se deleita observando la exquisita conjunción de sus colores, ¿a qué naturaleza está satisfaciendo, a la nueva o a la vieja? Si escucha una sinfonía de Beethoven ejecutada por una orquesta de primera clase bajo la batuta de un gran maestro, y sus oídos se deleitan con esta gran pieza de arquitectura musical, ¿a qué naturaleza está gratificando, a la nueva o a la vieja? Algunos sin dudarlo dirían: “a la vieja naturaleza”, sin embargo, *estarían equivocados*. La respuesta correcta es, “*a ninguna*”. La base de la apelación para el ojo o el oído no se encuentra en ninguna de las dos naturalezas, sino que es relativa a la constitución del hombre como alma viviente que es. Aquí no nos es posible darle una consideración detallada al alma, pues la palabra *nephes* aparece 754 veces en el Antiguo Testamento, y *psuche* 105 veces en el Nuevo, resultando así un total de 859 ocurrencias. El abismo de contradicción que hay entre la teología popular y las Escrituras se va haciendo más y más evidente a medida que estudiamos y vamos pensando en el tema. La tradición nos habla del hombre diciéndonos que “tiene un alma”, sin embargo la Palabra de Dios nos asegura que *es*, que *es un alma viviente* (Génesis 2:7), y además la Escritura vincula el alma con los cinco sentidos corporales. Declara que *está* en la sangre (Levítico 17:11, 14; Deuteronomio 12:23), donde la palabra “vida” es la hebrea *nephes*, alma. La sangre es la sede de las sensaciones, tal como decimos si, por alguna obstrucción habida, alguna extremidad de nuestro cuerpo no la recibe y se queda “adormecida”, volviéndose entumecida y desprovista de sensación; y de nuevo, si la sangre es repuesta otra vez en el miembro afectado, vuelve a reponerse la sensación.

El hombre, tal como está constituido actualmente, se encuentra limitado por sentimientos y sensaciones, y así vino de la mano de su Hacedor como un alma viviente al mundo.

Hay un sistema teológico que, de manera muy despectiva, se refiere al alma y la trata como si fuese pecaminosa. Sea el acto que sea, siempre es titulada de *ánimica*, y de ahí deduce mal que, en el creyente, el alma

debería tratarse casi como si fuese la vieja naturaleza, y entregada a la muerte. Todo esto no tiene base alguna Escritural, y es realmente un desprecio para con el Creador, pues, tal como ya hemos visto, Adán salió de las manos de su Hacedor hecho un alma viviente y una perfecta creación. El apóstol Pablo en 1ª Corintios 15 no duda en decir con respecto al cuerpo:

- “Se siembra cuerpo natural (no “animal”, sino *anímico*, aunque las dos palabras tienen la misma raíz), (esto es, en el acto que se llevó a cabo de la creación); resucitará cuerpo espiritual. Hay cuerpo natural (*anímico*), y hay cuerpo espiritual. Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre Adán alma viviente...mas lo espiritual no es primero, sino lo natural (*anímico*) (1ª Corintios 15:44-46).

En ninguna parte de la Escritura se afirma que el alma tenga que ser modificada o aniquilada cuando una persona viene a creer en Cristo. Las personas salvas bien pueden considerar las delicias de los ojos y oídos y demás sentidos corporales como siendo dones gratuitos provenientes de nuestro Padre Celestial – Quien nos dio todas las cosas en abundancia para que las disfrutemos. Todo es una cuestión de *balance* y *proporción*; de legítimo uso y no de abuso.

Algunos cristianos, después de haber creído, se esfuerzan intentando vivir como si ahora fuesen tan solo constituidos de *un cuerpo y una nueva naturaleza*. Intentan encajar en sí forzosamente ahora aquello que tan solo ha de venir a ser verdad en la resurrección, esto es, el *cuerpo espiritual*. Esta manera extraña de actuar y comportarse tan solo puede resultar en un desequilibrio del carácter cristiano, por muy “espiritual” que pueda parecer superficialmente.

Escribimos así porque estamos seguros de que, algunos, desnecesariamente, están siendo esclavos sujetándose bajo estas cosas.

Hay una esfera, no en tanto, donde el alma sí que está por Dios rigurosamente excluida, y es en el campo de la *adoración*.

En los Evangelios, tanto el Padre como el Hijo se representan como *procuradores*:

- “Porque el Hijo del hombre vino a *buscar* lo que se había perdido” (Lucas 19:10).

- “Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores *busca* que le adoren” (Juan 4:23, 24).

Con la misma insistencia que el Hijo procura al perdido, del mismo modo el Padre busca los adoradores, y al tiempo que va Él escudriñando en los varios sectores de la cristiandad, preguntamos, ¿cuántos serán lo que irá a encontrar?

La única adoración que Él puede aceptar es la que proviene de la *nueva naturaleza* (espíritu). Tiene obligatoriamente que ser en *espíritu*, y no proveniente de los sentidos (el alma). En otras palabras, no podemos adorar llevando a cabo rituales, por muy hermosos que luzcan; ni por cantar o escuchando músicas, por muy alegres que nos hagan sentir y exquisitas que nos suenen al oído sus melodías. Todo ese tipo de adoración proviene del dominio del alma, y si bien los sentidos puedan estar implicados en la verdadera adoración, no pueden de manera alguna ser su fuente ni originarla. Antes bien tan solo podrán ser la expresión externa de los verdaderos deseos, y alabanza y adoración de la *nueva naturaleza*.

El apóstol Pablo resalta enfatizando la misma verdad en Filipenses 3:3

- “Porque nosotros somos la circuncisión, los que adoramos (no servimos, como traduce la Reina Valera) a Dios en el espíritu, y nos gloriamos en Cristo Jesús, *no teniendo confianza en la carne*”

Nos gustaría volver a enfatizar de nuevo, que, en conexión con la doctrina de las dos naturalezas y el alma, todo se resume y es una cuestión de *balance*. Nada hay tan atractivo y agradable para Cristo sino una vida sana y equilibrada, que testifique manifestando el dominio propio de la nueva naturaleza por la operación que Dios lleva a cabo en ella con nosotros. La vieja naturaleza entonces se considera y trata como muerta, y así ahora al cuerpo de sus sentidos (alma), puede otorgársele su lugar apropiado, estando ahora realmente sujeta al servicio del creyente que la inclina para Cristo, su nueva naturaleza.

Tan solo entonces vendrá a ser exhibida aquella *santidad* (plenitud) de carácter que glorifica al Señor, y tan solo entonces podremos andar condignos del supremo llamamiento con el cual, según Efesios 4:1, se nos garantiza que fuimos llamados.

Santificación y Consagración

Ya hemos considerado en otros estudios la verdad de la *santificación* con su doble aspecto, esto es, estar (1) *separado, apartado del mundo* y de todo cuanto no sea el Padre, y (2) *separado, apartado por y para Él*. Con demasiada frecuencia tan solo se presenta el lado negativo del primer punto, y así hacemos que tan solo signifique un repudio, evitando lo mundano por parte del creyente. La faz positiva a seguir se reviste de suma importancia, y se expresa por el Apóstol en Gálatas 1:15: “Cuando agrado a Dios, que me *apartó* desde el vientre de mi madre”, y posteriormente, cuando llegó el tiempo para dar inicio su público ministerio, “el Espíritu Santo dijo: *Apartadme* a Bernabé y a Saulo para la obra que los he llamado” (Hechos 13:2). “Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, *apartado* para el evangelio de Dios” (Rom.1.1). La maravillosa obra redentora en la Cruz del Calvario no tan solo es la base de la salvación del creyente, sino también de su *santificación*.

- “Por Él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, *santificación* y redención” (1^a Cor.1.30).

Esto nos lleva a creer que cada uno y todo hijo de Dios son *santificados*, esto es, *separados* para Él con algún especial propósito, teniendo en vista y por objetivo el testimonio y el servicio. Es el privilegio y la responsabilidad de cada uno de nosotros aguardar en el Señor para descubrir exactamente qué es lo que esto significa, es decir, cuál es ese específico propósito en nuestra experiencia diaria. Si fracasamos en este cometido, y lo ignoramos, tan solo ha de resultar en esterilidad y carencia de frutos.

De manera muy próxima y vinculada a la doctrina de la *santificación* se halla la de la *consagración*. En el Antiguo Testamento hay cuatro palabras traducidas “consagrar”: (1) *Charam* “Y *consagrarás* a Dios su botín” (Miqueas 4:13). En cuarenta ocasiones esta palabra se traduce *destruir* y el contexto de la profecía en Miqueas está hablando de “*desmenuzar* a muchos pueblos”. En el *Hophel* se traduce una vez “devotado”, toda cosa que se presenta en devoción se separa o aparta en

santidad para el Señor: “Todo lo *devotado* es santísimo para el Señor, nada así *devotado*, que venga a ser *devotado* de los hombres, será redimido, o con toda seguridad ha de ser llevado a la muerte” (Levítico 27:28, 29). El nominal *cherem*, que se asocia a *charam*, aparece también en estos versículos, refiriéndose así a “lo devotado”. La idea por detrás de estas palabras es cualquier cosa *ofrecida enteramente*, o bien al Señor, o a destrucción.

2 *Nazar*. - En Números 6:12 leemos acerca del Nazarita: “Consagraré para Jehová los días de su nazareato (separación). En nueve ocasiones se traduce *separado*. Este es el básico significado, y así se nos lleva de vuelta a la idea de *santificación*. Un Nazareo o Nazarita era alguien completamente apartado, separado para Dios.

3 *Qadesh*. – Con el significado de *poner aparte*:

- “Ungirás también a Aarón y a sus hijos, y los *consagrarás* para que sean Mis sacerdotes” (Éxodo 30:30).

La más usual traducción de esta palabra es *santificar*, y aparece 110 veces en las varias conjugaciones del verbo hebreo. Representa a una persona o servicio *puesta a parte* para Dios.

4 *Male*. - “Así *consagrarás* a Aarón y a sus hijos”.

El básico significado que conlleva esta palabra es *llenar la mano*, de ahí que se traduzca, *llenarse*, *reponerse*, *completarse*. En veinte ocasiones la encontramos traducida *consagrar* en la A.V., y en Josué 3:15 y 1ª Crónicas 12:15 se emplea en conexión con el Jordán *desbordándose* por sus cauces. También aparece en Éxodo 15:9 y Proverbios 6:30, donde se traduce *satisfecho*.

El uso de estas palabras nos arroja una avalancha de luz sobre el verdadero significado de *la consagración*. Una persona consagrada es una persona *devotada*, *puesta aparte* y *separada enteramente* para el Señor, y cuyas manos están *repletas* de amor servicial. Todas sus pertenencias las ha entregado para Él. Tan solo estos tales pueden realmente estar *satisfechos* y *desbordarse* en bendiciones hacia los demás. Bien vemos que, a excepción de Éxodo 32:29, la mayoría de las ocurrencias de la palabra *consagración* se vinculan con el sacerdocio de Aarón y sus hijos. Aquí estaba envuelto un pleno servicio a Dios,

llevándonos así a recordar la *plenitud* del significado práctico que reside por detrás de este maravilloso aspecto de verdad.

En el Nuevo Testamento la *consagración* tan solo se menciona dos veces, y ambas en la Epístola a los Hebreos, las cuales mayoritariamente son una Divina explicación sobre el sacerdocio de las clases de Aarón y Melquisedec (Hebreos 7:28; 10:20). Si bien el término no sea frecuente en el Nuevo Testamento, no obstante, lo cierto es que se encuentra enfatizado. El Apóstol nos recuerda en 1ª Corintios 6:19, 20, “No sois vuestros, porque habéis sido comprados por precio”. Este precio es, ni más ni menos, los sufrimientos y muerte del Hijo de Dios. Así pues, todo nuestro *retorno voluntario* hacia Él, y todo cuanto tenemos dedicado para Él, no deja de ser sino meramente *retribuirle otra vez de vuelta* al Señor Su propiedad. Algo menos que esto sería defraudarle, privarle a Él de lo Suyo. Realmente es nuestro “servicio razonable” (traducido en la Reina Valera, “culto racional”) (Rom.12:1). Se nos pide que le presentemos nuestros cuerpos (vers.1) y que nos presentemos nosotros mismos a Dios (Rom.6:13). Una cosa es que leamos o cantemos el himno de Ridley Havergal “*Toma mi vida y permite Señor que sea consagrada para Ti*”, y otra muy diferente hacer que tal experiencia sea una realidad en nuestro vivir diario. En la mayoría de las veces son los negocios y la vida familiar los que ocupan el primer lugar, y el Señor y el testimonio para con la dispensación de la gracia de Dios y la verdad del Misterio se queda relegado para atrás. *Paristemi*, traducida, “presentad” significa literalmente “ponerse junto a”. Se nos pide que nos pongamos nosotros mismos *junto a* Dios, esto es, a Su entera disposición. ¿Sería posible que no viniese a utilizarnos para Su gloria y la iluminación y bendición de otros, si nosotros seguimos constantemente estos pasos? Sencillamente, no creemos que eso pueda ser posible. Poseemos un buen depósito de verdad que se centra alrededor del ascendido Señor Jesús, el evangelio de Su gracia y la revelación de la dispensación del Misterio (Efesios 3). Y en este buen depósito se hallan sus insondables riquezas de gloria, en las cuales se ha *desbordado* Él para con nosotros (Efesios 1:8). Esto ciertamente demanda que le devolvamos a Él todo cuanto es Suyo, esto es, nosotros propios. Día tras día podemos pedirle que nos limpie nuestros pies (de las influencias mundanas), y así nos utilice en la práctica operación de este supremo aspecto del servicio, “hasta que el día oportuno perdure”.

¡Ojalá que todo creyente cuyos ojos hayan sido iluminados para comprender el Misterio y el supremo y más alto llamamiento de Dios en

Cristo Jesús se halle entre aquellos de los cuales puede decirse con verdad que *están totalmente consagrados al Señor!*

Las Dos Naturalezas y el Alma **La Oración bajo el punto de vista doctrinal y** **dispensacional**

Estamos profundamente conscientes de que, tener una participación en el ministerio del *Expositor de Berea*, no tan solo es un gran privilegio, sino que además comporta al mismo tiempo una verdadera responsabilidad. En este estudio pretendemos mantenernos sobre las verdades prácticas que la Escritura indica, las cuales deberían ser un hábito en las vidas de todos cuantos aman al Señor y el supremo llamamiento que de manera tan gratuita nos ha ofrecido. En mente tenemos sobre todo los creyentes más jóvenes, y si bien algunos aspectos de la verdad que aquí presentaremos puedan parecer elementares a quienes estén más avanzados en la senda de la cristiandad, les pedimos a los tales que sean con nosotros pacientes para con los más jóvenes, para que puedan también ellos crecer en la gracia, y, para que todos podamos, no tan solo estar *arraigados* en Él (Efesios 3:17), sino además exhibir aquel *fruto* del Espíritu de la paciencia que tan agradable le resulta a los ojos del Señor y se expone en Gálatas 5:22.

Para el creyente que quiera seguir en frente a *madurez espiritual*, difícilmente podrá haber otro tema tan importante como el de la oración. Su importancia podemos verla si consideramos el modelo humano que nos dio el ascendido Señor Jesús, esto es, el gran Apóstol de los Gentiles y su ministerio (1ª Timoteo 1:16).

Aún mismo con tan solo una lectura superficial de las epístolas de Pablo, se podrá comprobar el lugar tan predominante que en su vida y ministerio ocupa la oración. No será un exagero decir que tanto Pablo como Timoteo estaban literalmente *inmersos en la oración*. No menos de seis veces en sus epístolas declara el Apóstol que él oraba “sin cesar”. A primera vista bien puede parecernos una exageración. ¿Cómo sería posible que alguien escribiese un pasaje tal como 2ª Corintios 11:21-31 describiendo su sufrimiento por Cristo, sus tremendas

responsabilidades, su incansable obra, que pudiese tener de parte poco o ningún tiempo para lo que nosotros llamamos *ocio*, y sin embargo declare que jamás dejó de lado la oración?

Si limitamos la oración a locales apartados en secreto donde nos arrodillamos y derramamos nuestros corazones a Dios, es evidente que el Apóstol debió disponer de poco tiempo para hacerlo. Sin embargo, la oración, esencialmente, *es una actitud de la nueva naturaleza y la mente renovada para Dios*. Es de uno que está constantemente en conexión con Él en relación y comunión, y esto, a pesar de todas las presiones externas de las circunstancias que puedan aparecer.

Así que Pablo pudo verdaderamente declarar en verdad que esta vida de oración era *continuada y sin interrupción*, y todos aquellos que le imiten, tal como él imitaba siguiendo a Cristo, tendrán consigo el divino deseo de conocer en su experiencia diaria esta misma bendita condición espiritual.

A la hora de examinar este tema tan vital, tendremos que estudiar las palabras empleadas por el Espíritu Santo en el Nuevo Testamento para con la oración.

Deomai. – Aparece 22 veces y se traduce en la A.V., “orar” 12 veces; “rogar” 9 veces, y “hacer petición” una. Su raíz testifica *estar en carencia o necesidad*, y esto expresa uno de los básicos conceptos de la oración, una conciencia, de parte del creyente, de su debilidad e insuficiencia, y un deseo de venir a estar en contacto con el Todopoderoso que declaró, “Todo el poder Me ha sido dado a Mí, en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18).

Euchomai. – “Desear ardientemente”, aparece 8 veces y se traduce tanto “orar” como “anhelar”. Su derivada compuesta *proseuchomai* ocurre más frecuentemente, 87 veces para ser exactos, 83 de las cuales traducida “orar”. Aquí la oración es la expresión de un *fuerte deseo* manifiesto al Señor, tanto personal como con respecto a terceros.

Erotao. – “Interrogar”, “pedir”. - De las 58 ocurrencias en el Nuevo Testamento, la palabra se traduce “orar” 14 veces (Implica familiaridad, si no mismo igualdad; de ahí que nunca se utilice de nuestras oraciones a Dios, sino que se emplea de las oraciones de Cristo al Padre (Juan 14:16; 16:26; 17:9, 15, 20) *Léxico Concordancia Crítica al Nuevo Testamento. Bullinger*).

Parakaleo. – “llamar para sí o al lado de sí”, para que la persona en cuestión pueda llevar algo a cabo. La palabra se utiliza 110 veces en el Nuevo Testamento. En tres ocasiones se traduce “súplica”, seis veces “orar” y 43 veces “rogar”. Aquí de nuevo el concepto por detrás de la palabra es de *necesidad*, de ahí que llamemos a nuestro lado al Señor para que sea nuestra ayuda y fortaleza. Todavía en nuestros días tenemos en el diccionario el término *paráclito*, y en la Escritura se aplica al Espíritu Santo (Juan 14:16 *Consolador*) y al Señor Jesucristo (1ª Juan 2:1 *Abogado*).

A las palabras ya revistas debemos añadir además la palabra griega *enteuxis*, “Intercesión”. La palabra significa un asociarse con, o venir a unirse, y de ahí *interceder*, especialmente con relación a las necesidades de terceros. Este tal vez sea el más alto concepto de la oración, donde uno mismo se relega a un segundo plano y el conflicto de otros se pone delante en primer lugar.

En 1ª Timoteo 2:1 el Apóstol nos dice: “Exhorto ante todo que se hagan rogativas (o súplicas) (*deesis*, de *deomai*); oraciones (*proseuche*, de *proseuchomai*); intercesiones (*enteuxis*); y acciones de gracias (*eucharistia*) por todos los hombres”. Esto abarca la oración en un amplio sentido, y nos da una indicación en cuanto a lo que debe ser nuestra vida de oración.

Llegados a este punto haremos bien en hacer una pausa y preguntarnos a nosotros mismos: ¿Cuál es el propósito por detrás de la oración? ¿Es un medio para obtener de Dios aquello que, de otro modo, Él no estaría dispuesto a otorgarnos?

A medida que examinemos la palabra evangélica, encontramos una multitud de conceptos existentes entre los creyentes. Algunos hablan de “pelear en oración”. Pero, ¿sería justo que consideremos la oración como un arma ofensiva? La respuesta a esta y todas las dudas espirituales tan solo podremos hallar en el rango de la Escritura inspirada. Efesios 6 es el pasaje generalmente aludido en conexión con esta idea que tienen muchos cristianos. Aquí tenemos una descripción de “toda la armadura (*panoplia*) de Dios” la cual se hace disponible para el creyente con vista a que pueda resistir en “el día malo” (Efesios 6:13).

Una cuidadosa lectura del pasaje nos mostrará que esta armadura se compone de seis piezas, siendo que cinco son *defensivas*, y tan solo una *ofensiva*, y esa *no es la oración*, sino *la Palabra de Dios, la Espada del Espíritu*. La oración no aparece por ninguna parte en el simbolismo de la armadura, sino que aparece después, en el versículo 18.

No negamos que el creyente que haya tomado consigo toda la armadura de Dios, no venga también a utilizar al máximo el privilegio de la oración, pero esto no hace con que se torne necesariamente en un arma ofensiva. Antes bien es más de *protección* que de ataque.

Veamos ahora lo que la oración hace para el creyente, y entonces podremos apreciar algo más de su suprema importancia en nuestra vida diaria. Tenemos que recordar que no existe tal cosa como oraciones *no respondidas*. Si hemos estado aguardando una cierta cosa en el Señor y de Su parte, y en Su sabiduría no se nos ha concedido, la respuesta es “NO”, y “No” es tanto Su respuesta como “Sí”. El propio Pablo aprendió bien esta lección. Tres veces oró diligentemente y le pidió al Señor que le quitase su “espino en la carne” (2ª Corintios 12:8). La Divina respuesta fue “No”; sin embargo, la gloriosa gracia añadida y la fortaleza que se le impartió en su experiencia compensó con creces la respuesta negativa a su oración. Sabios seremos si tomamos la recusa del Señor sin quedarnos ofendidos, y si tenemos una completa confianza en su amor e ilimitada sabiduría por cada uno de nosotros, pues esto es, un amor que no Le permitirá otorgarnos algo que podría ser para daño o perjuicio nuestro, aunque nosotros no lo sepamos.

1 *La verdadera oración nos da el acceso al Padre.* –

Para apreciar esta faceta apropiadamente debemos regresar atrás, a los tiempos del Antiguo Testamento. ¿Hemos pensado alguna vez que, antes del todo suficiente sacrificio en el Calvario, ningún creyente jamás había disfrutado antes el acceso a Dios? Jehová se rodeó a Sí Mismo con barreras de sacrificio y sacerdocio, y eso para hacerle ver a Su pueblo que el pecado separó de Él eternamente al hombre caído; y no antes de que la ofrenda Única por el pecado vino a ser hecha, y el pecado así puesto de fuera en justicia, fue posible el acceso a la Divina presencia. Consideremos los siguientes versículos:

- “Dando el Espíritu Santo a entender con esto que aún *no se había manifestado* el camino al Lugar Santísimo, *entre tanto que la primera parte del tabernáculo estuviese en pie*” (Hebreos 9:8).
- “Así que, hermanos, *teniendo libertad para entrar* (ahora) en el Lugar Santísimo *por la sangre de Jesucristo*” (Hebreos 10:19).

Debemos de paso señalar que el derecho a entrar en el Lugar Santísimo no confería ni capacitaba a los creyentes del periodo de los Hechos el tremendo privilegio de allí *habitar* para siempre. *Acceder* por medio de la oración es una cosa, pero *estar sentado* ahí en Cristo Jesús es algo completamente distinto (Efesios 2:6). Este es el exclusivo privilegio del Cuerpo Único, y tan solo se revela en toda su plenitud en el segundo capítulo de la epístola a los Efesios.

Así pues, cada vez que nosotros oramos se nos capacita para acercarnos a Dios en un especial sentido que ningún santo en el Antiguo Testamento fue capaz de llevar a cabo, que no poseía consigo; y este hecho por sí, debería recordarnos el inestimable privilegio que la oración nos confiere a nosotros, los miembros del Cuerpo revelado el gran secreto, pues así se evita que nos precipitemos de manera liviana y sin conciencia a la presencia del Señor. En oración, lo que hacemos, es adentrarnos en la sala de audiencia del Rey de Reyes, pero para que esto no nos intimide, debemos recordar que Éste Glorioso que así nos recibe, es además nuestro Salvador y nuestra Cabeza.

2 *La verdadera oración nos otorga la compañía y comunión con Dios.* –

Cuando los creyentes hablan de *comunión*, usualmente se refieren a la relación espiritual de unos con otros, y este es un hermoso retrato y característica de la vida cristiana. El Apóstol Juan, no obstante, nos recuerda un más amplio aspecto de la *comunión*: “Verdaderamente nuestra comunión (*koinonia*) es con el Padre y con Su Hijo Jesucristo” (1ª Juan 1:3).

La palabra griega *koinonia* significa algo que se comparte o que uno tiene en común con otro, y de ahí la idea de *común-uniión*. Así pues, de una manera maravillosa, la oración nos trae en común-uniión con nuestro Padre Celestial, teniendo con eso el gozo de hablar con Él en todo y cada tiempo y hora. ¡Dios no quiera que consideremos la oración tan solo como un acto cristiano cuando estemos necesitados de algo, sino antes bien aprendamos, de una manera práctica, lo que significa *estar en comunión* con el Padre día tras día a toda hora!

Así como la respiración evidencia y es la expresión natural de la vida física, de igual modo debería ser la oración la usual y continua expresión de nuestra vida espiritual.

3 La verdadera oración pone a Dios en primer lugar, y a uno mismo en último.-

En la oración con la cual nuestro Señor enseñó a Sus discípulos, que es un modelo de oración para los individuos del reino terrenal futuro, el Señor comienza con: *Padre nuestro* que estás en los cielos, santificado sea *Tu* nombre, venga *Tu* reino, hágase *Tu* voluntad...” aquí tenemos cuatro referencias a Dios antes de llegar a “el pan nuestro de cada día dánoslo hoy”. De igual modo en la oración registrada del Apóstol Pablo podemos ver que abunda en peticiones por los demás. Rom.1:9-12; 1ª Cor.1:4-7; Efesios 1:16-23; Filipenses 1:4-11; Colos.1:3-6; 1ª Tesal.1:2-4. Estas referencias no solo dejan ver claro esta faceta, sino que además contienen el elemento del *agradecimiento* que es tan importante. A medida que vamos siendo conscientes y agradezcamos la benignidad del Señor que habita en cada uno de nosotros, no será tan fácil que nos desviemos de la senda de Su voluntad revelada. Fue cuando Israel dejó de ser agradecido que se olvidaron del amoroso cuidado de Dios y Sus maravillosas obras en su respaldo, y entonces en sus corazones se volvieron para Egipto (un tipo del mundo) y sus apelativos.

Esto también se aplica y es verdad de las naciones en Babel. Conocieron a Dios, sí, y conociéndole, no Le glorificaron como Dios, ni fueron agradecidos (Rom.1:21), y así dio inicio la terrible degradación que el resto del capítulo nos revela. Un corazón agradecido nos preserva de manera muy efectiva contra el mal, y nunca cansaremos al Señor por incluir dicho agradecimiento continuamente en nuestras oraciones de una manera sincera.

4 La verdadera oración reposa y reclama las promesas de Dios.

Es realmente significativo que en todas las características que se nos presentan en las Escrituras se nos muestre a hombres y mujeres que sabían bien cómo orar, y un cuidadoso estudio de sus oraciones ha de mostrarnos que se basaban sobre la Palabra de Dios y las promesas que en ella están contenidas.

Meditemos de Elías. Santiago, en su epístola, nos pone delante a Elías como un ejemplo de la oración efectiva (5:17). Oró con diligencia para que no lloviese, y no llovió en la tierra por espacio de tres años y seis meses. Volvió a orar de nuevo, y los cielos derramaron lluvia produciendo su fruto en la tierra (vers.17, 18). Ahora bien, esto fue algo realmente significativo, y a primera vista podría parecernos como si el profeta tuviese consigo algún extraordinario poder para realizar un milagro; sin embargo, debemos recordar que esta oración se basaba en la Palabra de Dios.

- “Si obedeciereis cuidadosamente a Mis mandamientos que Yo os prescribo hoy...daré la lluvia de vuestra tierra a su tiempo... Guardaos, pues, que vuestro corazón no os infatúe, y os apartéis y sirváis a dioses ajenos, y os inclinéis a ellos, y se encienda el furor de Jehová sobre vosotros, y cierre los cielos, y no haya lluvia, ni la tierra dé su fruto...” (Deuter.11:13-17).

Elías, en un punto de tiempo de apostasía de Israel, tan solo y sencillamente le pidió al Señor que ejecutase Sus avisos escritos y Sus promesas, y esto con el fin de traer de vuelta a Su pueblo y que se arrepintiesen.

Ahora traigamos a la memoria el caso de David. Después de agradecerle a Dios por toda Su revelación en gracia con respecto a su propia vida, dice: “Ahora pues, Jehová, *la palabra que has hablado* acerca de tu siervo y de su casa, sea firme para siempre, y haz *como has dicho*” (1ª Crónicas 17:23) ¡A Dios le encanta que le recordemos Sus promesas!

Si queremos que nuestras oraciones vengan a ser efectivas, deben de igual manera basarse sobre la inmutable Palabra, pero a esto además debemos añadir la inducción de 2ª Timoteo 2:15. Si basamos nuestras oraciones sobre la Escritura o promesas relativas y pertinentes para otro llamamiento distinto al cual pertenecemos, ¿podríamos así esperar que Dios atienda nuestros ruegos y nos dé una respuesta positiva? Lo más cierto y seguro es aquel NO. La correcta división es eminentemente práctica en este respecto, tal como demanda todo buen sentido. Tenemos que llegar a conocer cuál sea nuestro Divino llamamiento antes de poder orar apropiadamente. Muchos hijos de Dios le oran pidiéndole toda clase de cosas pertinentes a Escrituras que no se aplican en sus vidas, o que incumben a otro distinto periodo de tiempo; estos hijos así se quedan desilusionados y frustrados por el silencio celestial

que experimentan. Escudriñemos nuestra vida de oración, y asegurémonos así de que no estemos perpetuando semejante error.

5 La verdadera oración vigila y aguarda por la respuesta del Señor.

El profeta Habacuc no tan solamente oraba, sino que se quedaba vigilante para ver lo que el Señor le daría en respuesta (Habacuc 2:1). El Señor Jesús no tan solo exhortó a sus discípulos a orar, sino a vigilar al mismo tiempo que oraban (Lucas 21.36; Marcos 8:35-37).

En la referencia última de Marcos la palabra traducida “vigilar” es *gregoreo*, que literalmente significa estar en *insomnio*, o *mantenerse despierto*. ¿Puede suceder que algunas veces oremos al Señor, y a seguir, por así decirlo, nos quedemos dormidos y olvidemos? ¿No fue esto mismo lo que sucedió con una mayoría de la Iglesia Pentecostal? Se quedaron preocupados porque Pedro había sido encarcelado por Herodes: “Pedro estaba custodiado en la cárcel, pero la iglesia hacía sin cesar oración a Dios por él” (Hechos 13:5). A Dios en Su gracia le complació responder esta oración y libertó a Su siervo, quien llegando a la casa de María la madre de Juan, “donde muchos *se habían juntado orando*” (ver.12), llamó a la puerta de entrada. Cuando la doncella por nombre Rode reconoció la voz de Pedro, en vez de abrir, salió corriendo para anunciarlo a los reunidos, y estos le dijeron: - “Estás loca” (vers.15)” “Mas Pedro persistía en llamar; y cuando abrieron y le vieron, se quedaron atónitos” (vers.16).

Ahora bien, aquí tenemos la oración, pero ciertamente carecía de vigilancia, pues cuando llegó la respuesta, no se encontraban listos para recibirla. Pero cuidado, porque no estamos tirando la primera piedra a estos creyentes, pues, ¿cuántas veces no ha sucedido lo mismo y se ha repetido, tanto en la experiencia del escritor como la de sus lectores? ¡Ojalá que Dios nos mantenga despiertos para reconocer inmediatamente Sus respuestas a nuestras peticiones!

- “Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias” (Colosenses 4:2).

6 La verdadera oración contiene por detrás una intensidad y solicitud.

Sabemos muy poco de Epafrodito (diminutivo de Epafras) y su ministerio, pero de dos cosas podemos estar seguros: Su benignidad y

práctico amor para con los santos en Colosas y Laodicea (Colos.4:13) y su vital vida de oración.

- “Epafras, el cual es uno de vosotros, siervo de Cristo, siempre rogando encarecidamente por vosotros en sus oraciones, para que estéis firmes, perfectos y completos en todo lo que Dios quiere” (Colos.4:12).

“Rogando encarecidamente” es la traducción de la palabra griega *agonizo*. Si bien hubiese sido un tanto exagerado traducir esta palabra “agonizar” tal como algunos han traducido, no deja de tener en su composición la palabra *agon* significando una carrera o competición, y así nos trae a nuestros pensamientos el hecho de que, orar efectivamente, contiene por detrás una *intensidad de esfuerzo* comparable al de un atleta participando en una corrida. ¿Describe esta característica con veracidad nuestra vida de oración? Una vida de oración apática o espasmódica no vale ni cumple nada, y muy a menudo podemos estar apáticos y en dejadez, en este respecto.

7 La verdadera oración siempre se ofrece a Dios en el nombre de Jesucristo.

En el Nuevo Testamento la oración siempre se dirige a Dios el Padre (Efesios 3:14) y siempre se ofrece en el Nombre del Señor Jesús (Efesios 3:21) e interpreta por el Espíritu Santo (Rom.8:26). Cuán a menudo hemos oído en la pública oración acabar con la frase “por medio de Cristo, Amén” de manera apresurada y como si fuese tan solo poco más que una mera y vana repetición, una formal o correcta manera de concluirla. ¿Pensamos alguna vez que es debido tan solo al Señor Jesucristo y Su preciosa obra redentora que sea posible proferir y llevar a cabo la oración? Si somos conscientes, entonces entenderemos bien el porqué de esta suprema intercesión en Su nombre al orar, esto es, siempre que oremos, y así pediremos que toda Su fragancia se derrame sobre todo nuestro aliento espiritual en dedicación para Dios.

8 La verdadera oración es protectora.

El Señor Jesús, sabiendo de antemano que Pedro iría a negarle, le dijo: “Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo, pero Yo he rogado por ti, que tu fe no falte” (Lucas 22:31, 32). Literalmente las palabras expresan, “Yo he orado (*peri*) acerca de ti (o alrededor de ti)”. Pedro

estaba, como así ahora vemos, *rodeado* o cercado con un muro de protección, pedido en oración por el Señor. No nos sorprende que poco después se azotase con remordimientos y se volviese para Él, de su grave caída, con verdadero arrepentimiento.

El Señor emplea de nuevo la misma expresión en Juan 17:9, 20, “Yo ruego por (*peri*) ellos; no ruego por (*peri*) el mundo” (vers.9). “Mas no ruego por (*peri*) estos solamente, sino también por (*peri*) los que han de creer en Mí por la palabra de ellos” (vers.20). Pablo, en su preocupación por los santos Tesalonicenses y Colosenses, tiene consigo el mismo pensamiento (2ª Tesal.1:11; Colos.1:3). ¿Mantenemos nosotros en oración a todos cuanto se hallen en específica necesidad de esta manera? Es posible que se encuentren en la distancia separados de nosotros, sin embargo, la oración puede aniquilar anulando la gran distancia y protegerlos con dicho muro a su alrededor del daño y el peligro.

9 La oración hace con que la doctrina se haga real y experimental.

En Efesios 1:3-14 el Apóstol Pablo cubre un enorme tramo de doctrina, revelando la magnitud de la voluntad del Padre, la obra redentora del Hijo, y el actual y presente testimonio del Espíritu Santo.

No obstante, aquí no acaba todo lo que tenía que enseñarles a los santos Efesios; pero antes de seguir más adelante enseñándoles, comienza a orar para que, la verdad que hasta aquí les ha mostrado, pase a ser real y experimental en cada uno de sus lectores (vers.15-23). Toda lectura en público de la Biblia y toda lectura en privado de las Escrituras debería hacer con que muy humildemente orásemos así, viendo la creciente responsabilidad que cada revelación de Verdad nos pone delante, y la necesidad de que no tan solo la recibamos como Verdad (Efesios 1:17), sino reconocerla efectivamente, esto es, de manera práctica en nuestro andar y testimonio día tras día.

Leer tan solo acerca de nuestra *herencia* en Cristo, es como si mirásemos contemplándola a lo lejos. La oración nos acerca a ella, y hace con que la disfrutemos ahora como nuestra posesión en la fe de nuestra oración.

10 La verdadera oración estará conformada a la voluntad de Dios.

- “Y esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a Su voluntad, Él nos oye” (1ª Juan 5:14).

Una vez llegados a este punto, alcanzamos el propósito central de toda oración, esto es, ponernos a cada uno de nosotros en conformidad a la voluntad del Señor, sin tener en cuenta lo que eso pueda envolver. He aquí, muchos de nosotros recorrimos un largo camino en la senda de la experiencia cristiana antes de alcanzar este punto. Cuando llegamos a decir honesta y sinceramente que no anhelamos ya nada sino Su voluntad en nuestras vidas, cueste lo que cueste, y cuando nuestra voluntad está sujeta y totalmente inmersa en la Suya, entonces habremos ya progresado un buen trecho hacia la meta de nuestra madurez espiritual. No lograremos alcanzar esta posición hasta que sepamos algo del engaño, fragilidad y pecado que gobierna nuestros corazones sin Cristo, y, al mismo tiempo, del ilimitado amor y el infinito cuidado por nuestra eterna felicidad que hay en el corazón de nuestro Padre Celestial para con cada uno de nosotros. Entonces, y nunca hasta entonces, podremos decir como el Salvador dijo: “Hágase Tu voluntad, y no la mía” (Lucas 22:42).

Las Condiciones que Gobiernan la Respuesta de la Oración

Llegados a este punto será bueno que recordemos de nuevo de parte de la Palabra de Dios cuáles sean las condiciones para obtener respuestas positivas a nuestras oraciones.

1 Tiene que haber un abandono de todo pecado conocido en nuestras vidas.

Los santos del Antiguo Testamento tuvieron que aprender esta lección:

- “Si en mi corazón hubiese yo mantenido la iniquidad, el Señor no me habría escuchado” (Salmo 66:18 R.V.).
- “He aquí que no se ha acertado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado Su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho

división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados *han hecho ocultar Su rostro para no oír*” (Isaías 49:1, 2).

- “No me traigáis más vana ofrenda; el incienso Me es abominación; lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecidas Mi alma; Me son gravosas; cansado estoy de soportarlas...Cuando extendáis vuestras manos, *Yo esconderé de vosotros Mi rostro*; asimismo cuando multipliquéis la oración, *Yo no oiré*. Llenas están de sangre vuestras manos. Lavaos y limpiaos...” (Isaías 1:13-15).

Tanto Juan como Santiago, en sus epístolas, resaltan la misma verdad:

- “Cualquier cosa que le pidamos, la recibiremos de Él, porque guardamos Sus mandamientos, y hacemos aquellas cosas que son agradables a Sus ojos” (1ª Juan 3:22 R.V.)
- “La ferviente y eficaz oración del justo sirve de mucho” (Santiago 5:16).

A los miembros del Cuerpo Único se nos avisa para que no le demos lugar al diablo, contristando así al Espíritu Santo (Efesios 4:27, 30), y siendo causa de que Dios ignore nuestras oraciones.

2 Tiene que haber una realización práctica de la verdadera santificación.

El significado raíz de *santificación* como ya hemos visto es *separación*, con su doble aspecto de ser separados *del* mundo y separados *para* el Señor, esto es con el objetivo de que pueda llegar a cumplirse Su voluntad en el servicio diario.

Cuando el juicio sobre las ciudades de la planicie estaba a punto de caer, hubo dos creyentes que figuraron sobresaliendo en la historia. Uno se hallaba *en el interior* de la ciudad de Sodoma, llamado Lot, y el otro se encontraba *fuera* de la ciudad, a saber, Abraham. Si bien que Lot se afligía escandalizándose cada día debido al pecado que le rodeaba (2ª Pedro 2:7), no obstante, no tenemos registro de ninguna oración de su parte en respaldo de Sodoma, y finalmente, sabemos cómo Dios tuvo que sacarlo arrastrándole de allí, para que no se viese envuelto en su perdición. Lot es tipo y sombra del creyente que no tan solo *está* en el mundo, sino que además *es* del mundo, y que poco o nada sabe del efecto de la *santificación*. Le correspondió a Abraham, el que estaba

fuera, el *separado*, interceder por estas perversas ciudades (Génesis 18:16-33).

Es imposible para un creyente que se halle tan próximo en contacto con un mundo que está bajo el dominio de Satán (Efesios 2:2, 3) orar de manera efectiva. Debemos, de una manera práctica, estar *por fuera* del campamento del enemigo, si queremos llevar a cabo cualquier cosa por cuantos todavía se hallan *en su interior*.

3 No debe haber motivos egoístas en la oración.

- “Pedís, y no recibís, porque pedís mal, para gastar en vuestros deleites” (Santiago 4:3).

La palabra griega *hedone* traducida “deleites” aparece en otros lugares traducida “placeres”, y su uso en la parábola del Sembrador describe aquellos que sucumben entre espinos y se ahogan con los quehaceres, riquezas y *placeres* de esta vida, y así se vuelven estériles y sin fruto en cuanto a su perfección (Lucas 8:14). De vez en cuando será bueno que nos cuestionemos acerca de nosotros mismos, escudriñando nuestro corazón y preguntándonos si las cosas que pedimos constantemente a Dios son para Su gloria, la bendición de otros, o si son simplemente para gratificar *nuestros* deleites.

- ¿Está Él y Su servicio en primer lugar, y mi egoísmo excluido?

4 La oración que no sea dispensacional.

Antes ya hemos hecho algún comentario sobre este cauce y fuente tan frecuente de peticiones denegadas. Si la verdad dispensacional tiene algún peso de valor, entonces, tendrá un peso práctico sobre cada y toda fase de nuestra vida, incluyendo nuestra vida de oración. Debemos aprender a orar en armonía con nuestro llamamiento, o de otro modo no habrá base suficiente para que el Señor responda nuestras peticiones. ¿Cuántos creyentes han reclamado para sí promesas tales como Mateo 21:20-22, “Y todo cuanto pidáis en oración, creyendo, lo recibiréis”, tan solo para cosechar la decepción que los hace tambalear? Es fácil dar una explicación al fracaso, pues entienden leyendo en la promesa condiciones que no se encuentran ahí. La respuesta al problema tiene que hallarse, no en alguna manipulación con las palabras del Señor, sino antes bien en la correcta división de la Palabra de Verdad. De nuevo

afirmamos, si en lugar de una adhesión servil a la oración del Señor, denominada el “Padre nuestro”, se echase mano de las magníficas oraciones de Efesios 1 y 2 con más frecuencia, ¿no habría un mayor crecimiento en gracia y una más profunda apreciación de Su voluntad?

5 Tiene que haber perseverancia con nuestras oraciones.

El Apóstol Pablo exhortó a los santos de Colosas a “perseverar” en la oración (4:2). Aquí la palabra que se emplea es *proskartereo*. Aparece en Marcos 3:9, “Y dijo a Sus discípulos que le *tuviesen siempre lista* la barca, a causa del gentío, para que no le oprimiesen”. Así como el propósito de esta pequeña barca se reservaba a disposición del Señor para poderla usar cuando quisiese, de igual modo el creyente, cuando alcanza el punto en su crecimiento espiritual en el cual anhela con regocijo por la voluntad de Dios, aguardará también mediante la continua oración y velando cada indicación de Su mano para con este mismo fin.

No obstante, debemos aquí dar una palabra de aviso. Perseverar orando para conocer la voluntad de nuestro Padre celestial es una cosa, pero persistir orando por algo que sea ajeno a Su voluntad, puede acarreamos una respuesta que sea terrible en extremo. Pensemos de vuelta en la experiencia de Israel cuando, no sintiéndose satisfechos ni agradecidos por la provisión gratuita del maná – “alimento de ángeles” como la Escritura lo denomina – anhelaron ardientemente la *carne* que poseían en Egipto. Todo el capítulo 11 de Números debería leerse en este respecto. ¿Les concedió Dios su petición? Sí, realmente atendió sus oraciones, pero con terribles consecuencias tal como el contexto nos indica.

Haciendo un comentario sobre el caso el Salmista dice:

- “Se entregaron a un deseo desenfrenado en el desierto, y tentaron a Dios en la soledad. Y Él les dio lo que pidieron; mas envió mortandad sobre ellos” (Salmo 106:14, 15).

Aquí se recibió una terrible respuesta en resultado de su terquedad para lograr algo que estaba lejos de la voluntad de Dios. Recordemos siempre que Él está más dispuesto a responder que nosotros para orar, y que la perseverante oración es necesaria, no porque esté distante y no esté dispuesto, precisando nuestra incesante ocupación para arrancarle la

respuesta, sino antes bien que el tiempo que aguardamos transcurre para con nuestro crecimiento espiritual, nuestra disciplina, y nuestra buena apreciación de Su bondad. No interpretemos la súplica como si fuese un asedio. Así como un padre sabio y amoroso supe toda provisión para su hijo necesitado, y al mismo tiempo le disciplina para que al *pedir* diga “por favor”, y dé las “gracias” cuando la haya suplido, pues de igual modo nos trata nuestro Padre Celestial en Su gracia y amor enseñándonos la verdadera razón por la oración, para que seamos conscientes de nuestra total dependencia de Él en cuanto a todas las cosas para la vida cristiana y el servicio, en un deseo de ser llenos con un conocimiento de Su voluntad en toda sabiduría y entendimiento espiritual (Colosenses 1:9).

Esta lección no se limita ni es peculiar tan solo para la dispensación del Misterio. A través del profeta Ezequiel Dios dio a conocer Su voluntad a Israel y les mostró aquello que estaba dispuesto a cumplir restaurándoles y bendiciéndoles (Ezequiel 36:24-36). No obstante, aunque todo esto era verdad, el pueblo terrenal tuvo que aprender la lección de la oración, la traducción Septuaginta nos pone:

- “Haré con que en la casa de Israel *se pida* que Yo haga esto por ellos” en el versículo 27.

Hay dos opuestas escuelas de pensamiento entre creyentes con respecto a la oración. Una resalta el hecho de que Dios es soberano y opera todas las cosas según el consejo de Su propia voluntad (Efesios 1:11) y que nada puede obstaculizar el cumplimiento de Su propuesto plan. Para los tales, la oración no puede apresurar ni retardar Sus propósitos. La otra pone el énfasis sobre la responsabilidad del creyente y el hecho de que la incredulidad limita al Santo de Israel (Mateo 13:58). Estos tales dirán que Dios es incapaz de operar debido a la falta de oración, y que la verdadera oración “mueve la Mano que mueve al mundo”. Es muy parecido con el argumento que hacen con que la libre voluntad sea contraria a la elección. La verdad reside, como casi siempre sucede, a mitad de camino entre estos dos argumentos extremos. Es importante darnos cuenta de que Dios tiene consigo un glorioso plan, tanto para los cielos como para la tierra, y que, finalmente, este plan no tiene posibilidad alguna de ser abortado. Si no entendemos esto ha de ser causa de desespero y para burla de todo esfuerzo cristiano.

Al mismo tiempo, si la redención tiene algún significado para nosotros, eso indica que el creyente no tan solo sea *vivificado* espiritualmente, sino que además es *libre*; libre para escoger los designios de su carne y la egoísta gratificación, así como libre para acatar la voluntad del Señor. Y es en esta parte donde la suprema importancia de orar se hace manifiesta. Si Dios está operando y llevando a cabo un plan, y escoge decidiendo para realizarlo utilizar vidas humanas, entonces, la cuestión que se levanta es relativa a qué papel tiene que desempeñar cada uno de nosotros en su desarrollo. La gran importancia que esto tiene difícilmente podremos resaltarla como es debido. ¿No nos indica todo esto que debemos presentarnos ante el Trono de la Gracia constantemente y preguntemos, “Señor, qué quieres que yo haga? (Hechos 11:6). Por el apóstol Pablo se nos asegura que es de acuerdo a la “efectiva operación en la medida de *cada miembro*”, que el Cuerpo se edifica y crece (Efesios 4:16), y esto tan solo ha de darse y sucederá cuando cada miembro de la Iglesia esté llevando a cabo la operación entendida y prevista por nuestro Padre Celestial y no otra. Esto tan solo podremos descubrirlo por *la oración y aguardando vigilantes en Dios*.

Así como no hay miembros inútiles en el cuerpo físico – así tampoco debería haberlos en el Cuerpo espiritual.

Las siguientes Escrituras nos dejan bastante claro que la oración *hace* toda la diferencia:

- “Por lo demás, hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada...y para que seamos librados de hombres perversos y malos” (2ª Tesalonicenses 3:1, 2).

Ahora bien, algunos podrán argumentar como bastante obvio que la voluntad del Señor sea que Su Palabra corra y sea glorificada sin obstáculos. Siendo así, ¿qué necesidad hay de orar? Pero es que el Apóstol sabía muy bien cuan fácilmente se podrían entrometer tanto el factor humano como la carne y el diablo, y de ese modo obstaculizarse la obra de Dios.

- “Orando también al mismo tiempo *por nosotros*, para que el Señor nos abra puerta para la palabra, a fin de dar a conocer el Misterio de Cristo, por el cual estoy preso” (Colosenses 4:3).

Aquí tenemos el mismo pensamiento, aunque esta vez Pablo se tiene a sí propio en vista, y el objetivo era evitar cualquier posible fracaso de su parte a la hora de dar a conocer el Gran Secreto.

- “Porque sé que por vuestra oración y la ministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación” (Filipenses 1:19).

Tanto si hacemos con que la liberación signifique la liberación de Pablo de la prisión como si la tomamos en un más profundo sentido, esto es, su salvación con gloria eterna (2ª Timoteo 2:10), eso no estamos tratando ahora. Está muy claro que los padecimientos que estaba soportando en su prisión en Roma resultaban en ganancia para el Señor y el progreso del evangelio, y las oraciones de los santos Filipenses constituían una parte importante para con este gran objetivo.

Aquello que podría haber sucedido si la iglesia en Filipo *no* hubiese estado continuamente recordando al Apóstol en sus oraciones, es inútil especular, pero se hace muy evidente que Pablo consideró dichas oraciones como un factor a tener en cuenta en la realización de la voluntad de Dios para consigo.

- “Prepárame también alojamiento; porque espero que por vuestras oraciones os seré concedido” (Filemón 22).

Aquí, es bastante obvio, el Apóstol contempla la posibilidad de ser puesto en libertad de su prisión, y así le sea posible visitar a Filemón; y esta posibilidad está intrínsecamente envuelta en la intercesión de Filemón por su liberación. Si la oración no hiciese diferencia alguna en los diarios acontecimientos de nuestras vidas, ¿por qué diría Pablo “espero que por (*dia*, a causa de) vuestras oraciones os seré concedido”?

- “Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios, para que sea librado de los rebeldes que están en Judea, y que la ofrenda de mi servicio a los santos en Jerusalén sea acepta; para que con gozo llegue a vosotros por la voluntad de Dios, y que sea recreado juntamente con vosotros” (Romanos 15:30-32).

Aquí Pablo pide cuatro cosas importantes con respecto a sí mismo, y menciona la voluntad de Dios en respaldo de ellos. Si el cumplimiento

de esta voluntad fuese automático, no hubiera habido necesidad alguna de orar; pero es evidente que el Apóstol no lo considera así, sino antes bien que las peticiones de la Iglesia en Roma vendrían a servir de ayuda materialmente para el cumplimiento de sus deseos.

Confiamos en que una cuidadosa examinación de estos pasajes ha de imprimir en nuestros pensamientos cuán importante es nuestra vida de oración diaria, y cuán prácticamente puede afectar, no solamente nuestro servicio cristiano, sino además el servicio que llevemos a cabo para con los demás.

De vez en cuando nos encontramos con creyentes que están ejercitando su esfera de servicio y testimonio para con el Señor, se ocupan ciertamente de estos asuntos. No nos corresponde a nosotros dirigir la conciencia de los tales, pero esto podemos decir, que aquí tenemos un supremo ministerio en el cual todos podemos estar involucrados, esto es, el de intercesión. Ha de costarnos algún tiempo y tal vez otras cosas más, y no obtendremos por eso ningún elogio humano, ya que es algo que emprenderemos a solas con nuestro Salvador.

Así como en nuestro cuerpo físicos tenemos órganos tales como el corazón y los pulmones realizando vitales funciones, aunque nunca sean vistos como los miembros externos tales como las manos y pies, de igual modo los creyentes que estén envueltos en esta vital actividad por detrás de escena pueden estar operando a los ojos del Señor al mismo grado que aquellos cuyos servicios estén en abierto y sean manifiesto para todos.

El lector se acordará del tipo y sombra tan maravilloso que se nos presenta en Éxodo 17:8-13. Josué y sus hombres se hallaban peleando vigorosamente contra Amalec en el valle, sin embargo era *el varón invisible quien controlaba la batalla desde la cumbre del collado*, esto es, Moisés:

- “Cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía; mas cuando él bajaba su mano, prevalecía Amalec. Y las manos de Moisés se cansaban; por lo que tomaron una piedra, y la pusieron debajo de él, y se sentó sobre ella; y *Aarón y Hur sostenían sus manos*, el uno a un lado y el otro al otro; *así hubo en sus manos firmeza* hasta que se puso el sol” (vers.11, 12).

Nosotros, todos cuantos valoramos la verdad dispensacional del Misterio, ¿sujetamos así en oración a nuestros líderes? ¡Oh, cuán necesario es hoy en día que se levanten muchos como Aarón y Hur! Mirando a nuestro alrededor comprobamos una creciente apatía hacia los asuntos espirituales en general, y hacia nuestro llamamiento en particular. El andar y testimonio cristiano está llegando a ser cada día más difícil a medida que van pasando las semanas y meses. Podemos atribuirlo a la creciente apostasía y degradación que marca el final de la era, y haremos bien al reconocerlo así. Pero, ¿No será además que todavía no nos hayamos dado plenamente cuenta de las latentes posibilidades en una vital vida de oración, y que la falta de resultados que deploramos se deba al hecho de haber sido sembrados de la semilla de la palabra hablada y escrita, y que nos hayamos olvidado de regarla por el ministerio de la oración? Tan solo entonces podremos esperar el aumento o crecimiento que tan solo Dios nos puede dar (1ª Corintios 3:6, 7).

Cuando Juan en su Apocalíptica visión ve los veinticuatro ancianos ante el Trono, nos dice que cada uno tenía consigo una copa de oro “*llena de incienso que son las oraciones de los santos*” (Apoc.5:8). De este modo en símbolo ascienden las oraciones de Su gente para Él, esto es, como algo inexplicablemente precioso y fragante ¡Qué maravillosa exhortación tenemos aquí para acercarnos constantemente al Trono de la gracia y participar en este maravilloso ministerio de la intercesión!

Perseverar en oración siguiendo las líneas de la voluntad de Dios *hace* toda la diferencia, y si nuestros estudios en este tema vienen como un desafío a cada uno de nosotros a medida que consideramos la pobreza de nuestra vida de oración, que Dios nos dé la gracia para emplear este incomparable privilegio como nunca antes lo hemos hecho, y así ser de manera creciente bendecidos por Él, dándonos a conocer Sus transcendentales riquezas de gloria en la salvación, llamamiento, y edificación para con aquellos que fueron elegidos en Cristo antes de la caída del mundo, para heredar el Lugar Santísimo por toda la eternidad.

Perseverad en la oración, velando en ella con acción de gracias
(Colos.4:2)
